

Cáscaras vacías. Aproximaciones al cuerpo en el fenómeno zombi y sus desvíos en Berzachussets de Ávalos Blacha.

JUÁREZ, Esteban Luciano / Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. – estebanljuarez@outlook.com

Eje: [9] Cuerpos zombis. Tipo de trabajo: ponencia

» *Palabras claves: cuerpo - zombi – propiedad – desvíos – Berzachussets*

En la cultura popular de Occidente, la figura del zombi ha sufrido diversos tratamientos y atravesado una serie de modificaciones hasta convertirse en lo que hoy es un cuerpo en severo estado de descomposición impulsado únicamente por estímulos corporales que en todos los casos se manifiestan de forma destructiva. Así, la devoración y el incontrolable impulso de eliminar a los no infectados son dos de los elementos principales que configuran al cuerpo como la sola manifestación de pulsiones e instintos que, en caso de no ser controlados, conducirán inevitablemente a la degradación y aniquilación de la raza. Desde *La noche los muertos vivos* (George Romero, 1968) hasta la actual producción tanto cinematográfica como de series televisivas, el cuerpo del no-muerto se ha caracterizado por su avanzado estado de putrefacción de manera tal que resalta con mayor énfasis el carácter perecedero de la carne. Aunque en algunos casos el zombi haya sido presentado como un ser pensante y hasta dotado de habla, persiste la idea de un cuerpo extirpado de su alma o mente que es regido únicamente por los impulsos más bajos de la naturaleza humana. El objetivo de

este trabajo consiste en explorar la configuración del zombi entendido como “cuerpo vacío” para finalmente confrontarlo con los “desvíos” que propone la novela *Berazachussets*, de Leandro Ávalos Blacha.

En *El dispositivo de la persona*, recuperando los postulados de Locke y Mill, Roberto Esposito problematiza la noción de que la persona no es, sino que tiene un cuerpo (2011: 31). En consecuencia, al ser propietario de su capa biológica, el núcleo racional y moral del hombre se encuentra frente a la necesidad de ejercer su poder sobre el propio cuerpo para finalmente expresar su naturaleza y autoconocimiento. Romper el tejido que une lo divino y lo terrenal le es obligatorio en pos reconocer su propia individualidad, su esencia o su *yo*. Siguiendo la línea trazada por la tradición cristiana la cual, a su vez, recupera ciertos postulados platónicos como que el cuerpo es la cárcel del alma, vemos que, una vez distinguidos y separados, se clarifica la noción de que ambos elementos construyen simultáneamente al sujeto pero no se trata de una relación basada en la igualdad sino en todo lo contrario: si entendemos que éste se compone de un alma/mente y un cuerpo, y que el primero posee una naturaleza de orden divino e inmortal mientras que el segundo, perteneciente al plano animal o terrenal, debe ser controlado, dominado o conquistado con el fin de garantizar la pureza y trascendencia, nos aproximaremos a que el peligro de corrupción o degradación es permanente y sólo evitable si el cuerpo es entendido como propiedad. De aquí se desprende, al mismo tiempo, la importancia del control, lo que implica que una persona es tal sólo si es “absoluto señor de sí mismo” (Ibíd.: 66). Como puede observarse en esta cita, el hecho de autogobernarse refleja una separación identitaria del orden moral que condena la carne para elevar la conciencia o el raciocinio.

La amenaza que representa el lado animal de nuestra naturaleza es precisamente lo que

hace, en gran parte, lo aberrante del zombi ya que éste parece destinado a responder preguntas del tipo ¿qué le sucedería al cuerpo si todo lo que conocemos y entendemos como persona le fuese arrebatado o si todos sus impulsos no fuesen contenidos por un alma, una mente o una conciencia? Sin embargo, lo que aquí nos ocupa es otro tipo de interrogante: ¿por qué el “cuerpo deshabitado” refleja únicamente la degradación y destrucción tanto propia como de toda la especie?, ¿De dónde proviene el terror a estas “cáscaras vacías? La respuesta se encuentra inscrita en nuestros propios cuerpos. Si bien estos no son algo malo en sí mismos ya que también son “creación divina” y hacen a la totalidad de nuestra persona, resulta indudable que jerárquicamente se colocan muy por debajo del alma inmortal que los habita pues, en términos agustinianos, el alma es imagen de Dios, mientras que el cuerpo queda excluido de esta relación divina hasta ser entendido como el origen de diversos males. De esta forma, mientras que la “esencia” del hombre es intangible y se encuentra directamente ligada al plano espiritual, su soporte físico o material es terrenal, perecedero y amenaza permanente la integridad del primero por medio de numerosas tentaciones. Así, la dualidad alma/cuerpo es sólo concebible mediante un sistema de jerarquización donde “lo puro” debe oprimir los deseos e impulsos de “lo impuro”. Esta idea puede observarse en la típica construcción del cuerpo zombi: su decadencia exhibe una ausencia; abandonado por su inmaterialidad, el componente biológico no sólo se verá indefenso frente a las marcas de la muerte sino también frente a su propia autodestrucción y es así como se resalta el carácter efímero y corruptible de todo aquello alejado del terreno sagrado.

En el curso de *Los anormales*, más específicamente en las clases del 19 y el 26 de febrero de 1975, Michel Foucault indaga en lo que él mismo llama la “culpabilización del cuerpo” (2014: 187) por medio de la carne. Centrándose en el sexto mandamiento y en la confesión

de la sexualidad, Foucault realiza un recorrido en el que puede observarse la migración de los pecados hacia el mismísimo interior de los cuerpos. El autor destaca que, progresivamente, el aspecto “relacional de la sexualidad” (Ibíd.: 178) sea incesto, sodomía o bestialismo ha ido perdiendo protagonismo frente a la construcción de un “mapa corporal” donde, dividido en partes y sensaciones, el cuerpo del penitente se convirtió en el punto de anclaje para el pecado de la lujuria ya que gran parte de los actos sexuales indebidos inician del contacto consigo mismo y no con los demás. Así es como la interacción con otros se verá relegada a un segundo plano mientras que la relación de uno mismo con su cuerpo tomará el centro de la escena. El cuerpo, entonces, es configurado como el lugar del pecado, del mal y de las tentaciones de una forma en la que se engendra una especie de entidad separada del alma/mente con sus propios deseos e impulsos. El deseo y placer son, en definitiva, rasgos inherentes de nuestra materialidad que ponen en riesgo no sólo la pureza de la conciencia sino también su trascendencia del tipo religioso o espiritual. Entonces, estar frente a un sujeto incapaz de controlar sus deseos o, peor, frente a un cuerpo que manifiesta la ausencia de todo lo que se considera persona no es simplemente enfrentar nuestra muerte y caducidad; es mirar en el espejo de nuestra propia animalidad y reconocer lo maligno de algo que también nos constituye.

Como hemos visto, un cuerpo habitado y controlado es propiedad pero que igualmente representa una amenaza para la conciencia que puede seguir o reprimir sus impulsos. Una vez muerto, nada de persona queda en él y si es resignificado como zombi o no-muerto, su comportamiento será incontrolable y destructivo como si se tratara de un animal salvaje que ya no se ve regido por un domesticador. La falta de una conciencia o una voluntad es lo que caracteriza al zombi y su comportamiento se basa en el entendimiento del cuerpo humano

como materialidad independiente de su “habitante”. Sin embargo, como hemos comentado, pueden encontrarse numerosas representaciones de este ser en las cuales se han modificado o hasta suprimido algunos de sus rasgos característicos. En algunas producciones cinematográficas se les ha dado la posibilidad de hablar, de aprender a usar herramientas y hasta han sido dotados de un atisbo de lo que podríamos llamar conciencia. Más allá de todas estas variantes, siempre se ha tratado de un ente destructivo y carente de moral. Ser sólo cuerpo es precisamente eso: se trata de algo incontrolable que no piensa, no siente y que, al no distinguir entre el bien y el mal, siempre se inclinará hacia el segundo. Pero en *Berazachussets*, de Leandro Ávalos Blacha, encontramos una construcción diferente: Trash, la zombi protagonista de la novela, no sólo se encuentra dotada de habla sino que también, en determinados momentos, exhibe una moralidad y “humanidad” que parece completamente ausente en los vivos.

En la novela, el personaje de Trash es introducido en una ciudad cuya dinámica se caracteriza por el salvajismo de su clase dominante al punto de hacer que la cacería de personas, las violaciones por diversión, la humillación y la más extrema frivolidad formen parte de la cotidianeidad. En primer lugar, lo que resalta de la zombi es su pelo, su vestimenta y, fundamentalmente, sus dimensiones ya que se trata de un cuerpo: “en plena decadencia [...] sumamente obesa, con pelo corto y fucsia intenso. Tetas grandes como pelotas de básquet y numerosos rollos que caían como en una cascada” (Ávalos Blacha, 2014: 9). Tenemos, entonces, una construcción exuberante del cuerpo zombi que, como veremos, también posee un “habitante” consciente de su propia existencia y con una evidente capacidad para distinguir el bien del mal lo que, a su vez, clarifica el desvío propuesto por Ávalos Blacha: aquí, el zombi no es una “cáscara vacía” e inclusive expone elementos

propios de la civilización consumista tales como la atención a su look, el uso de tupperware, o del té digestivo posterior a la antropofagia; Trash se trata de una zombi que busca reinsertarse en la sociedad y dejar atrás sus malos hábitos. El primer episodio que nos habla de un código ético y moral que parece completamente ausente en los seres humanos consiste en la escena del restaurante, donde Trash ataca al hombre más poderoso de la ciudad. En esta cuestión, Saavedra, le propone a una niña pobre llevar adelante un acto humillante a cambio de una pequeña suma de dinero. Se trata de algo, como ya hemos comentado, inherente al funcionamiento socioeconómico de esta sociedad, pero mientras todos los presentes callan y, en consecuencia, avalan este comportamiento, es Trash quien demuestra no estar alienada y percibir la violencia que los vivos han naturalizado para así romper con el molde establecido: “Trash, que hasta el momento había observado la escena en silencio, se levantó de la silla y caminó hasta Saavedra. Lo tomó del cogote y levantó varios centímetros del suelo [...] Trash miró a Saavedra con asco y lo dejó caer al piso” (Ibíd.: 25).

Por el hecho de ser una no-muerta, Trash exhibe libertad frente a ciertas naturalizaciones propias del humano que vive en una sociedad vertical y explotadora, lo que permite pensar que en *Berazachussets* la muerte se configura como único medio de escape de un mundo que tritura y consume a quienes lo habitan, entonces ¿estamos frente a un paralelismo entre la antropofagia zombi y una especie de canibalismo social o de clase? Parece difícil no dar ahora mismo una respuesta positiva a esta pregunta, sin embargo lo que aquí resulta central es que los vivos deban confrontarse con la figura del zombi para demostrar que las verdaderas “cáscaras vacías” les pertenecen a ellos. Esta idea también puede observarse en el episodio en que Trash, caminando por la calle, se topa con una manifestación contra las violaciones y a favor del medioambiente. Mediante una mirada curiosa, casi de niño, la

zombi logra percibir lo dicho:

Trash caminaba por la avenida cuando se encontró con la manifestación. Miró con curiosidad las banderas, los carteles, los rostros cargados de emociones, encendidos por la furia. Esas personas eran las que se cruzaba todos los días, pero parecían otras. Los vecinos, transeúntes de existencias grises, vencidos y atemorizados, necesitaban y aguardaban la tragedia para mostrar signos de vida. (Ibíd.: 43)

Lo que en este pasaje se revela es precisamente las consecuencias de la opresión antes mencionada. Los vivos, tan llamativos para Trash, se comportan como muertos; el peso del dominio que se ejerce sobre ellos los vuelve pasivos y sólo la tragedia parece reactivar su sistema nervioso. Así, en la comunidad de Berazachussets, la posibilidad de la muerte se configura como única vía posible para que la vida reafirme su existencia o, al menos, la manifieste. Tal es el caso del personaje de Beatriz, quien concluye un breve viaje de autodescubrimiento con el suicidio y entregándole su cuerpo a Trash en forma de cena. Entonces, la vida como tal, sólo logra desatarse de la opresión enfrentándose a la muerte o entregándose a ella. Por lo tanto, el no-muerto posee una existencia desligada de cualquier alienación y así lo demuestra el levantamiento zombi que se produce sobre el final de la novela. Ellos son la muerte, por lo tanto también son libres y los únicos capaces de derrumbar el ya mencionado funcionamiento social.

Como hemos visto, la construcción del zombi en *Berazachussets* se lleva a cabo con de fin de rotar el escenario frente a los vivos. De esta forma, la explotación social y económica hace que los últimos sean los autómatas mientras que los no-muertos exhiben la libertad de acción y pensamiento propia de aquellos no alienados. Si bien la noción prototípica de estos seres se desprende de la concepción que constituye al hombre como la dualidad alma/cuerpo, el desvío propuesto por Ávalos Blacha intenta invertir los roles de una forma en la que los verdaderos impulsos a temer no sean los corporales sino aquellos que nacen del mismo

funcionamiento social. Aquí, el verdadero comportamiento animal proviene de los vivos y su forma de relacionarse. Frente a esto, Trash ya no sentirá la necesidad de oprimir su naturaleza y, una vez acorralada, permitirá que sus instintos tomen el control: “Hincó los dientes en el cráneo hasta llegar al cerebro. El hombre era enorme. No sabía por dónde empezar a comerlo. Estaba delicioso. Probó su oreja, sus mejillas y un poco de su cuello [...] Trash emanaba fuego de los ojos y gritaba como un simio furioso” (Ibíd.: 125). En este pasaje vemos que al derrumbarse toda capa humana, el animal se hace presente sin remordimientos o contenciones. Sin embargo, esta animalización no se trata solamente del cuerpo tomando el control sobre la voluntad sino que también expresa la concreción de su libertad: “Comprendió cuánto extrañaba ese alimento y lo que se estaba perdiendo por un tonto capricho personal. La civilización no tenía sentido” (Ibíd.: 126). En este momento, Trash se opone a la idea de que para construir subjetividad se deba recurrir a la noción propiedad, donde *ser* nace de un *tener*, ya que el control o dominio de su cuerpo la acercaría al comportamiento de los vivos; cosa totalmente absurda en un zombi.

De esta forma, podemos concluir afirmando que el zombi representa una trasgresión doble ya que no sólo se trata de un cuerpo marcado por la muerte sino que también manifiesta la ausencia de todo aquello que consideramos persona. De esta forma, los peligros que encierran nuestros propios cuerpos se convierten en el motor de su funcionamiento siempre y cuando no logremos regularlos a voluntad y es aquí donde Ávalos Blacha pone el acento a la hora de construir a Trash ya que no sólo nos presenta un zombi que pretende acortar la distancia entre el vivo y el no-muerto mediante una crítica al funcionamiento social sino que también lo dota de una subjetividad que se vuelve plena únicamente después de obedecer sus pulsiones corporales mientras que, por su parte, la existencia de los vivos se

basa únicamente en controlarse a sí mismos al mismo tiempo que son controlados por otros.

› ***Bibliografía***

Ávalos Blacha, Leandro (2014). Berazachussets, Buenos Aires, Entropía.

Esposito, Roberto (2011). El dispositivo de la persona, Buenos Aires, Amorrortu.

Foucault, Michel (2014). Los anormales, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

› ***Bibliografía de consulta***

Chaqués Pedrós, Juan Gregorio (2013). El zombi y el filósofo: el deseo contra el instinto, Valencia, Universidad de Valencia.

Ferrero, Ángel y Roas, Saúl (2012). El zombi como metáfora (contra) cultural. En *Nómadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, vol. 32, num. 4. Barcelona, Universidad de Barcelona.

Martínez, Lucena, Jorge (2012). Prolegómeno. En *Ensayo Z. Una antropología de la carne percedera*, Madrid, Berenice.

Martínez Lucena, Jorge y Barracoya Martínez, Javier (2012). El zombi y el totalitarismo: de Hannah Arendt a la teoría de los imaginarios. En *Imagonautas*, vol. 2, num. 2. Barcelona, Universitat Abat Oliba CEU.